

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del Cuartel Maestre y su Estado Mayor, subió á practicar un reconocimiento á los cerros del Loreto y Guadalupe.

El bravo general, montado en un soberbio caballo, y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era una estatua ecuestre que simbolizaba el hecho mas glorioso de nuestra historia contemporánea.

Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel descansaban sobre ese pedestal que á las pocas horas debia levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarian cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fué obra de un momento, porque volviéndose á los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con firme voz y ronco acento: "Aquí," y tendió su mano señalando el campo de la batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un aplazamiento á la victoria.

El relámpago del genio habia sulcado por su cerebro.

El aliento de Dios habia pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vió al ángel de la victoria: aquella vision era el apocalipsis del heroismo en la irradiacion de su espíritu batallador.

## II.

La fama del ejército frances, trasmitida en los gloriosos episodios, traídos en las últimas horas del siglo XVIII y las pri-

## CAPÍTULO XIX.

De lo que pasaba en los campamentos frances y mexicano la víspera de la batalla.

### I.

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el general Zaragoza emprendió su movimiento retrogrado, buscando un sitio á propósito para batir con éxito al ejército frances.

Varias veces se habia detenido en su tránsito, y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo; pero desconfiado y receloso, continuaba en su peregrinacion, trayendo á una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El 3 de Mayo de ese año histórico de 1862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando á retaguardia de los franceses una brigada de caballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la expectativa tenia embargados á los habitantes y al mismo ejército.

meras del siglo XIX, habian dado un prestigio sobrehumano á aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la *Mesa Central*.

Nuestro ejército se sentia desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba á perder la moral, levantada despues á la vista del entusiasmo y de la fé de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajada en el paralelo de instruccion y disciplina, sin mas elemento que el valor y la abnegacion, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica, no podia luchar con el ejército frances.

Aquí acaban los cálculos de la mezquina inteligencia humana, para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino á dar tintas mas oscuras á la situacion.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que su hundia en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizava, y se dirigia en masa á prestar su apoyo al extranjero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil hombres á contener las chusmas reaccionarias, quedando aun mas debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento despues de su irrevocable resolucion.

Se creia invencible en su sentimiento de inspirado y en el juicio de su patriotismo.

### III.

Levantóse una fortificacion pasagera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y á la madrugada del dia 4 el general Negrete

ocupó esas posiciones con una division de 1,200 hombres, reforzándolos con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque de á mil hombres, teniendo á la cabeza á los bizarros generales Berriozábal, Diaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del general Alvarez, y una batería de batalla, apoyarian el movimiento.

*Cuatro mil setecientos hombres*, he aquí el total de fuerza con que contaba el ejército de la República para aventurarse en el primer encuentro.

Pasóse el dia en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército frances.

El impasible general Zaragoza no podia determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaria el ejército enemigo, así es, que, centinela de aquellos hombres fiados á su valor para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo, ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacian plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenia fija en una sola mirada toda su atencion; estaba vuelta al Oriente, por donde debian aparecer los ejércitos de la Francia.

El general Zaragoza recibió un parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendria en ese punto toda la noche, y al amanecer emprenderia su marcha sobre las posiciones republicanas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hácia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron á sus cuarteles; la palabra "*mañana*" circulaba por todos los lábios.

El valiente general atravesó á escape delante de sus tropas,

repitiendo con torvo acento como un sonámbulo: *mañana!-----*  
*mañana!-----*

## IV.

El general Almonte había levantado su campo de Orizava, y venía cargando la gefatura suprema, caminando como un vivandero político tras el ejército francés.

Haro, el clérigo Miranda y los satélites del gobierno usurpador, pidiendo plaza para su administración.

Laurencez, general en jefe del ejército de la conquista, veía con alto desden á la turba conservadora; no obstante, tenía la obligación de apoyar á Almonte, que se hizo llamar modestamente general en jefe del ejército mexicano.

La noche del 4 de Mayo celebraban en Amozoc una última junta los intervencionistas con el jefe de la expedición.

—He aquí las cartas, decía Almonte, en que se me asegura que seremos recibidos con flores y arcos de triunfo por la ciudad de Puebla; no puedo desconfiar del dicho de personas tan respetables.

Haro, dándose los aires de un veterano, añadió:

—Si hay resistencia por parte de Zaragoza, no creo que haya obstáculo para emprender un ataque; Puebla ha sido el teatro de mis campañas, y yo podré indicar el plan mas oportuno para que caiga en nuestro poder.

—Yo lo que deseo saber, dijo Laurencez, es, si el general Zaragoza me espera á pié firme y puedo contar con el pueblo de la ciudad para el evento de una tenaz resistencia.

—Es un hecho, contestó Almonte; las *masas* están minadas, comprometidas de antemano; he aquí los despachos de los principales; solo están en espera de nuestra llegada para lanzarse como tigres sobre ese ejército que acabais de derrotar en las Cumbres de Acultzingo.

Laurencez comprendía que no era tan sencilla la toma de Puebla, toda vez que los mexicanos se pusieren en situación de defensa; y ese pobre general, mezquino para tan grande empresa, no quemaría las naves como el conquistador Hernando de Cortes.

Su carácter orgulloso, y el éxito feliz que tuvo en el primer encuentro con las tropas mexicanas, le hacia soñar hasta en el baston de mariscal, y creerse uno de los héroes del siglo XVI.

Puede ser que el destino le proporcionase dar un *salto* como á Pedro de Alvarado en la *noche triste*; con la sola diferencia que este Alvarado moderno lo daría para *atras*.

Fluctuaba el desgraciado entre las densas sombras de la duda, que no podían disipar los discursos y protestas de los intervencionistas sobre una fácil victoria, cuando recibió un parte de Puebla, en que se le comunicaba que Zaragoza tomaba posiciones en los cerros que velan la ciudad como las esfinges de los antiguos.

—Esas montañas, dijo Haro, son nada en comparación de las Cumbres de Acultzingo, y serán tomadas al primer impulso.

—Tengo fé en los soldados de la Francia; ellos jamas han retrocedido, y no sería en este país donde la bandera de Napoleon III sufriera una derrota.

—Señores, dijo Saligny, hasta hoy ninguno de nuestros cálculos ha salido fallido, lo único que nos inquietaba eran las posiciones del *Chiquihuite*, esas yo las he tomado con una proclama, lo demas del camino está allanado; al pasar por Puebla he visto las fortificaciones, que caerán al primer cañonazo; nuestro es el porvenir.

—Poca es la gloria que vais á cosechar, señor Laurencez, dijo Almonte; batir á esas chusmas desprestigiadas tras unos parapetos, sarcasmo del arte de la guerra, apenas puede lisongear al ejército francés.

—Me sería fácil, dijo el comandante en jefe, tomar la ciudad; pero quiero darle el último golpe á ese ejército, lo batiré

en sus posiciones, y clavaré mi bandera victoriosa en los fortines de Guadalupe.

—Yo desearia, observó Haro, que prescindiendo de las ideas de gloria, nos ocupásemos solo de tomar la plaza.

—Caballero! dijo algo exaltado Laurencez, á los soldados de la Francia les importa mas el nombre que la posesion de una ciudad; ademas, que tomando las montañas y derrotando á Zaragoza, nos abrimos las puertas de la capital, no así dejándole en pié, porque le doy lugar á la retirada.

—El general tiene razon, dijo Almonte tratando de halagar á su tutor.

—Esta es una opinion como otra cualquiera, añadió Saligny, que no importa una ofensa ni una leccion á mis compatriotas.

—Estoy muy lejos de eso, respondió Haro; no desconfio en manera alguna del éxito.

Laurencez inflaba los carrillos lleno de vanidad, como un pavo.

—Mañana tomaremos la sopa en la ciudad de los Angeles, dijo con arrogancia Saligny, en otra cosa podria haber duda.

—Mañana, agregó Laurencez, tomaré cuarteles en Puebla.

Seguramente aquellos hombres, entregados á las dulces ilusiones de la victoria, ignoraban que la vía de flores soñada durante tanto tiempo, ocultaba abrojos punzadores que atravesarian en el calvario de la derrota.

## V.

Wask y don Fernando, aquellos dos atrevidos aventureros, estaban tambien en el delirio de sus ambiciones.

—Ya es necesario, decia Wask, que Mr. de Saligny entregue la parte de *bonos* que se nos debe, despues todas serán trabas y dificultades.

—Ese majadero comienza á rebelarse, su carácter en la ex-

pedicion lo lanza á un camino de abusos, y temo que nos defraude.

—Ya nos conocemos, don Fernando, si ese hombre fuese capaz de tal infamia, le pondria un lazo para volarle la tapa de los sesos.

—Es cosa bien fácil para nosotros.

—Se ha quedado confuso ese frances y amilanado ante nuestro golpe de la Colecturía de San Andrés Chalchicomula.

El conde se estremeció involuntariamente.

—Parece que os emociona ese recuerdo.

—No, por mi vida, caballero.

—Es que estais pálido.

—Sobre ciertos asuntos las bromas son peligrosas.

—Os enojais?

—Puede ser.

El aventurero inglés, haciendo un esfuerzo poderoso en su indomable carácter, respondió:

—Todo, como vos decís, es una broma, olvidad mis palabras.

Serenóse la fisonomía de don Fernando, y continuaron en su conversacion.

—He recibido carta de Manzanedo, que se encuentra en la casa de doña Blanca; me asegura en ella que la capital espera impaciente el momento de la ocupacion.

—Yo desconfio de ese hombre, dijo Wask; en su perpétua monomanía de ver en el trono de México á su príncipe don Juan, todas las situaciones las ve color de rosa.

—Es cierto.

—Doña Blanca lucha desesperadamente con esa sociedad donde el nombre de los Borbones apenas halla un eco muy débil en las baladas del pasado.

—No importa, todos esos trabajos afluyen á la realizacion de nuestros proyectos: yo he visto claro desde el primer dia, la Francia y solo la Francia sacará las ventajas de su obra.

—Nada mas justo.

—Nosotros vamos en pos del oro, y siga la política por donde se le antoje.

—Es cierto, nuestra ambición quedará satisfecha; dejemos á Almonte y su ridículo gobierno buscar los puestos distinguidos, yo conozco el favor de los reyes, hoy colmarán de honores á los que entreguen á la patria, y mañana los arrojarán en el olvido, sino es que los destinan al cadalso.

—La nube viene preñada de rayos, es necesario escapar de la tormenta.

—Pero con mucho oro, mucho, hasta ahogarnos en él, decía Wask crispando las manos y haciendo crujir sus mandíbulas.

Aquel hijo de la Gran Bretaña era el demonio de la codicia.

—Yo deseo, dijo el conde, despues de recibir mis dividendos, partir á Europa en una legacion; aun no pierdo la esperanza de reconciliarme con mi novia, que es inmensamente rica, ó ajustar mi enlace con Blanca de Montemolin.

—Los dos negocios son aceptables, conde del Jaral, la fortuna pasa una sola vez delante de nosotros, no hay que dejarla escapar.

—Sabeis, observó don Fernando, que estoy desconfiando terriblemente de Manzanedo.

—Teneis razon, hace dias que anda triste, decaido y presa de los remordimientos, ¡alma mezquina encarcelada en las tinieblas de la cobardía!

—Si á ese miserable se le antojara denunciarnos ante el gobierno de la Francia, no tendria inconveniente en sacrificarnos por vía de escarmiento, y mas en esos primeros dias en que tratarán de hacerse de prestigio.

—No está mal pensado.

—El gobierno haria un alarde grotesco y no me cae en gracia ser suspendido de una horca.

—Ese hombre es muy peligroso y me trae inquieto.

—Yo nada os habia comunicado, pero ese fué el motivo que me impulsó al enviarlo á México al lado de doña Blanca.

—Allí, hablando de sus proyectos, nos arrojará de su memoria.

—Lo creo difícil.

—Todos esos temores desaparecen ante el cuadro que tenemos delante.

—Os confieso que tengo una ansiedad desconocida, veo al ejército frances con todos los elementos de la victoria; pero el nombre de Zaragoza me hace muy mala impresion, y yo soy fanático, señor conde.

—Olvidad esa supersticion, el general no es temible.

—No lo sentís así, don Fernando, recordad nuestra apuesta.

—Wask, es necesario hablar con franqueza y sin reserva alguna; aquella noche en que os propuse descargar el rayo de la muerte sobre la cabeza de Zaragoza, fué porque me sentí bajo la influencia del terror, tuve miedo, como lo tengo ahora, preveia la hora que va á llegar y que se acerca á toda prisa, en que nos encontraremos frente á frente de ese hombre.

Wask dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Sí, prosiguió el conde del Jaral, ese hombre me asusta, creo ver á sus pies encadenada la victoria.

—Esto es horrible! murmuró el aventurero.

—Tengo vuestra palabra, y sin embargo, creo que al acercarnos á Zaragoza, saldria algun génio á defenderle, como las sierpes de Claudio Neron.

Wask dejó oír una estridente carcajada que debió resonar en el infierno.

—No os burleis, caballero, mañana es un dia aciago.

—Aciago? preguntó con terror el aventurero.

—Sí, mañana es un dia de recuerdos fatales para la dinastía de los Bonapartes.

—Hablad, por Dios, señor conde.

—El 5 de Mayo murió Napoleon el grande en Santa Elena, y las águilas de la Francia están de duelo.

—Maldicion! gritó Wask, ese recuerdo va á influir en el ánimo de esos soldados.

—Mañana no alumbrará el sol de Austerlitz.

Aquellas palabras sombrías eran una sentencia desesperada.

## VI.

Trasladémonos al campamento republicano.

La tropa estaba acuartelada, pero nadie dormía.

Soldados y oficiales hablaban en voz baja.

Mondoñedo se paseaba en los corredores del cuartel con sus compañeros Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez.

—La casualidad nos reúne, decía el estudiante, es necesario que sigamos el mismo destino.

—Ha habido una variación completa en nuestra existencia, yo me siento otro hombre, dijo Santiago Gonzalez, se ha despertado en mi alma algo desconocido que me ha hecho superior en esta crisis porque atravesamos.

—El general Zaragoza te ha enviado á uno de los cuerpos de Berriozábal, para que te distingas.

—Y me batiré como el primero.

—Yo me he impuesto una obligación mas sagrada, observó Felipe, permaneceré á la cabecera del herido, huiré de las balas para consagrarme á la humanidad doliente en cuerpo y alma.

—Haz lo que mejor te parezca; lo que te rogamos es, que si la muerte nos entrega despiadada á tus furores, nos trates con la mayor consideración.

—Ya les tengo preparadas unas camillas magníficas, estoy provisto de cloroformo, y he afilado los instrumentos.

—Quiera Dios que no los emplees en nosotros.

—Sería un buen rato para mí, esa satisfacción no podría quitármela nadie.

—Puede ser que mañana á estas horas ya hayas cortado algunos miembros franceses.

—Ojalá!

—Tengo corazonada, dijo Mondoñedo, mañana triunfamos, la suerte está con nosotros.

—Pero hombre, en qué te fundas?

—En nada, y en mucho.

—Espíciate.

—No se puede alcanzar la certeza sobre hechos que pertenecen al porvenir; pero yo soy algo fanático; esta noche he oído redactar al general Zaragoza la orden del día, con tanta seguridad y aplomo, como si estuviese á su alcance cuanto va á acontecer en la función de armas de mañana.

—Conque está resuelto que esperemos á los franceses?

—El general Zaragoza no dice dos veces la misma cosa.

—No me llega la camisa al cuerpo, dijo Felipe Cuevas.

—Pues yo deseo que amanezca, como desear la salvación.

—Esas son exageraciones.

—Lo juro, gritó Santiago Gonzalez.

—Hombre, no lo creo.

—Mira, Santiago, tú me diste una zurribamba de bofetadas en la cárcel, y me propongo tomar la revancha en el campo de los franceses.

—Fuera de broma, dijo Mondoñedo, la cosa está mas seria de lo que parece; si nos derrotan mañana, el país está perdido.

—Ya lo creo.

—El síntoma bueno que hay en la tropa, es la fé acendrada que tienen en Zaragoza; les parece que el general nunca debe sufrir un reves, recuerdan las jornadas de Guadalajara, Silao y Calpulalpam, en que la sola presencia de ese hombre y sus palabras, habian decidido del combate.

—A mí me pasa lo mismo, veo al general tan sereno como un busto de mármol, apenas se sonríe, pero como sonríen las

estátuas; lo rodea una atmósfera de prestigio, que sus palabras son mandatos: á morir, dice, y no hay remedio, se muere.

## VII.

Oyóse el tropel de caballos, y poco despues el teniente Pablo Martinez se presentaba ante sus compañeros de campaña.

—Por el buche del arzobispo! que hemos escaramuceado toda la noche con esos infernales de cazadores de Africa, que ha sido una gloria.

—No ha tenido usted ninguna desgracia?

—A un soldado mio le han roto las quijadas; pero eso nada vale, aquí traigo un caballo árabe magnífico, se lo quité á un dragon que tenia el cuero durísimo.

—Y usted cree que avanzarán mañana?

—Vaya! vaya! dijo Martinez echándose el sombrero á los ojos, ya están en marcha; desde las dos pusieron en movimiento sus trenes y se dirigen á toda prisa sobre nosotros.

—Lo sabe ya el general?

—Mi general Zaragoza lo sabe todo, ¡demonio! al amanecer va ser ello; aquí nos pagan lo de las Cumbres, la pierna del general Arteaga les ha de costar muy caro.

—Y qué piensa usted de la batalla, señor teniente?

—Que la llevamos tan segura como la crisma del bautismo.

—Y en qué se funda usted?

—En que Zaragoza nunca pierde; ahora mismo, al darle el parte de la aproximacion de los franceses, me dijo tocándome el hombro: señor teniente, mañana á estas horas ya le habré puesto á usted sobre el campo las divisas de capitán. Esto quiere decir en buen castellano: Lo voy á echar á usted sobre los cañones de los franceses, si se escapa, cuente usted con un grado mas.

—Perfectamente.

—Yo tengo un entusiasmo inmenso, dijo Santiago Gonzalez, mañana debe ser un dia grande para la patria!

—Mañana nos rifamos con los *gabachos*, ya tengo hecho mi testamento, nombro heredero y albacea de lo que traigo puesto, al primero que me lo quite.

## VIII.

Un ayudante de Estado Mayor comunicó al coronel del cuerpo la órden para que siguiese el movimiento de la division.

Los soldados, como hemos dicho ya, no habian dormido presa de esa ansiedad que devora al corazon en los momentos que preceden á una batalla.

Instantáneamente y en el mayor silencio se pusieron en marcha.

Mondoñedo tendió la mano á sus compañeros y dijo con voz entusiasta:

—Dentro de algunas horas nos veremos sobre el campo!

—Sobre el campo! dijeron á una voz Martinez, Gonzalez y Felipe Cuevas.